

## DOCUMENTOS DE TRABAJO

### UNA IDEA PARA MEDIR LA MORTALIDAD DE LA POBLACION DE EDAD AVANZADA

*Jorge L. Somoza*  
(CELADE)

Poco satisfactorio es el conocimiento que tenemos sobre la mortalidad de los viejos. En todos los países de la América Latina, la sección de la tabla de vida que corresponde a personas de edad avanzada es una mera extrapolación de las tasas de mortalidad estimadas para edades por debajo de los 65 años, en algunos casos, de los 80 años, en otros.

Esto resulta obvio cuando se trata de la mortalidad estimada para países que carecen de estadísticas confiables sobre muertes anuales, en los que la estimación de la mortalidad se basa ya sea en la aplicación de métodos indirectos —tales como los que utilizan información sobre orfandad— o en la comparación de resultados de dos censos. En tales circunstancias, las estimaciones no van más allá de los 60 a 65 años. La parte final de la tabla, como se dice más arriba, es una extrapolación basada en modelos.

Menos obvio, pero igualmente cierto, es que la mortalidad de las edades avanzadas es también una extrapolación cuando se trata de poblaciones de países con buenos registros de muertes. Los datos se tabulan sólo hasta cierta edad, por ejemplo los 80 años. Los tramos finales de la tabla, por lo tanto, resultan de asignar valores razonables —aunque siempre arbitrarios— al riesgo de morir por encima de esa edad límite.

Conocer la mortalidad de los viejos no tiene seguramente la mis-

ma importancia práctica que la de otros tramos de edades de la población. La de los niños, por ejemplo, es sin duda de mayor importancia para propósitos de una política de salud. No quiere esto decir, sin embargo, que ese conocimiento tenga un valor sólo científico. Por el contrario, cualquier política relativa a la población de edad avanzada, en el campo de la salud o en el de pensiones por vejez, por ejemplo, debería adoptarse con un conocimiento razonablemente exacto de la mortalidad de esas personas.

Una dificultad seria para medir la mortalidad de los viejos, en países con registros razonablemente completos de defunciones, se origina en la mala declaración de la edad de la población con edad avanzada, tanto en los censos como en los certificados de defunción.

Aunque los dos problemas que se dejan enunciados —el deficiente conocimiento de la mortalidad y la mala declaración de la edad de personas de edad avanzada— se han reconocido desde hace muchos años, poco se ha avanzado en la búsqueda de una solución, posiblemente porque no es fácil encontrarla.

En esta nota se propone una idea que nos parece promisoria y que el CELADE se propone ensayar en operaciones-piloto.

Antes de entrar en materia, es oportuno señalar que la importancia relativa de los viejos en una población latinoamericana, que ha estado sujeta a una alta fecundidad hasta hace pocos años, es relativamente muy baja. La proporción de personas de más de 65 años, por ejemplo, puede ser del orden del 3 ó 4 por ciento. La magnitud del universo que se desea estudiar es pequeña, en términos relativos.

Cada vez que se levanta un censo o una encuesta representativa de la población de un país, existe la posibilidad de ubicar geográficamente a la población anciana. Basta listar la ubicación en el terreno de las viviendas en donde vive una persona mayor de cierta edad, digamos mayor de 65 años.

Al cabo de un tiempo de levantado el censo (después de más o menos un año), es posible volver a la vivienda y realizar una breve investigación: (a) averiguar si la persona mayor de 65 años continúa con vida o ha fallecido y (b) establecer, con un cuidado mayor al que se tuvo en el momento del censo, cuál es su edad.

Perseguir objetivos tan elementales y limitados, en oposición a

otro tipo de encuesta prospectiva que procura medir fecundidad, mortalidad a cualquier edad, cambios de estado civil, migraciones, etc., hace que la investigación propuesta aparezca "a priori" como una operación viable.

Señalemos algunas de las ventajas que se ven como derivadas del hecho de ocuparse solamente de los viejos:

- ellos no vivirán generalmente solos, como puede hacerlo con mayor frecuencia una persona más joven. En consecuencia, puede anticiparse que habrá personas que puedan dar cuenta de ellos más fácilmente que si se investigaran personas de otros grupos de edad,
- las personas de edad avanzada deben migrar mucho menos que los jóvenes. No hay razones generalmente de trabajo, de cambio de estado civil o de estudio que actúen para que esas migraciones se produzcan,
- la incidencia anual del fenómeno que se trata de medir —la mortalidad— es relativamente alta; es del orden, aproximadamente, del 7 por ciento anual. Hay menos requerimientos, en cuanto a tamaño de la población estudiada, si se trata de medir tasas de ese orden de magnitud que del 1 por mil anual, por ejemplo, como pueden ser las tasas de mortalidad de edades jóvenes.

Es difícil anticipar qué obstáculos se presentarán en una operación como la sugerida. Es posible que los encuestadores, por muy bien capacitados y motivados que estén, no puedan mejorar la estimación obtenida en el censo sobre la edad, o que —en una proporción elevada— no sea factible establecer si las personas censadas hace un año siguen aún con vida. Creemos que vale la pena afrontar el peligro de esos tropiezos, en operaciones de prueba, teniendo en cuenta la utilidad de los resultados que se obtendrían, si los esfuerzos resultaran exitosos.

Es lo que el CELADE se propone hacer en escala reducida, en lugares de fácil acceso, en los que hace aproximadamente un año se levantaron censos o encuestas. Estos ensayos, de ser exitosos, podrían constituirse en operaciones de rutina después de un censo o de una encuesta para mejorar el conocimiento que tenemos en la actualidad sobre la mortalidad en la vejez.

<MEDICION DE LA MORTALIDAD> <ANCIANOS>

## SOME IDEAS TO MEASURE MORTALITY OF THE AGED

The knowledge we have of mortality of the aged is not satisfactory. In all Latin American countries the life table section corresponding to old people is merely an extrapolation of the mortality rates estimated for age groups below age 65, in some cases, or below 80, in others.

This is obvious in those countries with unreliable death registration, where mortality estimates result from the use of indirect methods, such as those based on information on orphanhood, for example, or from the comparison between the returns of two censuses. Under these circumstances, mortality estimates do not go beyond ages 60 or 65. As stated above, the final part of the life table is an extrapolation based on the use of model life tables.

It is less obvious, although equally true, that mortality estimates for advanced ages are also extrapolated in countries with reliable death registration. Deaths classified by age are tabulated with a final open interval such as "80 and over". The life table for ages over 80, consequently, is constructed assigning reasonable, though necessarily arbitrary, values to the risk of dying.

Of course, knowledge of mortality of the old has not the same practical importance than that of other age intervals. The measurement of child mortality, for instance, should have a higher priority when setting the objectives of a public health policy. This does not mean, however, that the knowledge of mortality of the aged has only a scientific value. Any policy related to people in advanced ages, say in the fields of public health or pensions to the old, should be planned on the basis of reasonable estimates of their mortality.

A serious obstacle to measure mortality of the aged, in countries with reasonably complete death registration, stems from age misstatements of the population in advanced ages, either in the censuses or in the death certificates.

The two problems that have been presented, i.e., the unsatisfactory knowledge of mortality of the aged and the gross age mis-statement of the population in advanced ages, have been recognized by demographers for many years, although there has been no progress in finding a solution, probably because it is not easy to find it.

In this brief note, a promising idea CELADE plans to test in experimental exercises is proposed.

Before presenting our ideas, it is proper to point out that the relative importance of the old in the Latin American population, that has been typically subject to high fertility in the past until very recent years, is very low. The proportion of persons aged over 65, for example, is of the order of 3 or 4 per cent. In relative terms, the population that is the objective of our study is small.

Each time a census or a survey representing the total population of a country is taken, the possibility exists to locate, geographically speaking, the aged. For this purpose, only a list of dwellings would be necessary where a person aged over 65 has been enumerated.

Some time after the census, say after more or less one year, it is possible to return to those dwellings and conduct a brief interview trying to find out: (a) if the person aged over 65 is still alive or has died, and (b) if the age stated at the time of the census is correct. Presumably the interviewer doing this survey is better trained than a census interviewer and, consequently, is in a position to check the stated age.

To set such simple objectives for the investigation, as opposed to the objectives of prospective surveys aimed at measuring fertility, mortality for any age group, changes in marital status, migrations, etc., makes the proposed study seem *a priori* a much more viable operation.

Let us list some of the advantages of following up only old people:

- they usually would not live alone, as is frequently the case of young people. As a consequence, we may expect to find persons able to report about their whereabouts.
- they live a more quiet life than young persons, the frequency of their migrations should therefore be small. There are no factors related to study, changes in marital status or work that would make them move.

- the annual risk of dying —that we intend to measure— is relatively high, of the order of approximately 7 per cent per annum. Therefore, there is no need to study a very large population, as is the case when trying to measure a mortality risk of the order of 1 per thousand in a year as may be the case with young age groups.

It is difficult to anticipate what obstacles may arise in such a study. It is possible that interviewers, no matter how well trained or motivated they are, may not be able to improve the age estimates obtained in the census, or it may be that a high proportion of the old has moved and that it is not possible to establish whether they have died or are still alive. However, we think that it is worthwhile to run these risks in test trials, bearing in mind that the results, if the operation proves successful, would be of great value.

This is what CELADE plans to do on a very modest scale in places where access to dwellings is easy and where a census or a survey have been taken one year ago. If these experimental operations are successful, they could become a routine operation after a census or a survey in order to improve the knowledge we presently have of the mortality of the aged.

<MORTALITY MEASUREMENT> <AGED>

T